

Puntos de fuga

La dimensión de lo escrito en la experiencia analítica

VANESA M. GARCÍA

La escritura es pues una huella donde se lee un efecto del lenguaje.
Jacques Lacan

En este artículo intentaré esbozar algunas pinceladas sobre la relación entre *escritura* y *lectura*. Para ello sostendré la tensión entre ambos términos.

Para el sentido común, hay una relación entre el lector y el escritor; éste último, el escribiente, necesita crear **en** una superficie (papel, vasija, tela, etc.) para verter allí, lo que **quiere, desea, necesita** transmitir(se), dejando una huella para los lectores ausentes, un **mensaje** a pasar. Como si primero estuviera el soporte material donde volcar un trazo del **pensamiento**. Planteado en estos términos, la actividad de leer y escribir, estarían separadas. Podemos desprender de ello algunas cuestiones:

La preposición “en” indica que primero estaría la superficie, luego el escribir sobre ese soporte material. El “querer” “desear” “necesitar” señala una intencionalidad de quien escribe. El “mensaje” **enfatizaría** el sentido otorgado al contenido que se quiere transmitir allí. A su vez se puede agregar que, se pone en juego algo del orden del “pensamiento” como antesala de la escritura, un saber que anticipa lo escrito.

Siguiendo la lectura de Lacan como brújula, podríamos decir que no es en los términos mencionados como concibe la escritura en relación a la experiencia analítica. Más bien los da vuelta, fiel a su estilo, ¡poniéndolo todo patas para arriba!

Me pregunto, si en el transcurso de un análisis existe dicha separación escritor-lector. Lacan en el seminario XXV, nos señala al respecto:

“...ni en lo que dice el analizante ni en lo que dice el analista hay otra cosa que escritura. Esa conciencia no llega lejos, no se sabe lo que se dice cuando se habla.” (...) “El analista, él, zanja. Lo que dice es corte, **es decir participa de la escritura**, en esto precisamente: que para él equivoca sobre la ortografía. Escribe diferidamente de modo que por gracia de la ortografía, por un modo diferente de escribir, sueña otra cosa que lo que ha dicho, que lo que es dicho con **intención de decir**.” (1)

En este mismo sentido, me resulta interesante resaltar cuando Lacan, en el Seminario XXI, se refiere al analizante en estos términos: “*El analizante habla, hace poesía. (...) es incluso preferible que el poeta no sepa lo que hace. Esto es a lo que hace su valor primordial*”. (2)

La escritura no sabe lo que escribe. Porque no es con el saber con lo que se cuenta, para que entre en la cuenta lo escrito, sino más bien, con el no-saber de ese saber-hacer que porta **su invención**.

Lacan nos sigue orientando cuando en el mismo *Seminario XXI* habla del saber inconsciente ¿De qué saber se trata? Allí nos señala que “*el inconsciente en tanto saber, no se revela, ni se descubre, sino que al escribirse se inventa justamente para que haya saber*”. (3)

Precisando la relación que existe para él entre inventar el saber y lo que se escribe. Al igual que cuando afirma que “*Es divertido poder decir que lo escrito estaba allí para dar pruebas, ¿De qué? de la fecha de la invención. Pero al dar pruebas de la fecha de la invención, da pruebas también de la Invención misma; la invención es el escrito.*” (4)

Podríamos preguntarnos ¿De qué estofa está hecho un escrito?

De lo que lo constituye como posibilidad: ¡Su ausencia! No estaba allí antes, sino que surge en la agudeza de su advenimiento mismo, con el entramado de esas hebras que se va inventando al escribir.

Marguerite Duras, en su libro *Escribir*, lo dice magistralmente en estos términos: “*Escribir. No puedo. Nadie puede. Hay que decirlo: no se puede. Y se escribe (...) Lo desconocido que uno lleva en sí mismo: escribir, eso es lo que se consigue. Eso o nada. (...) La escritura es lo desconocido. Antes de escribir no sabemos nada de lo que vamos a escribir (...) Si se supiera algo de lo que se va a escribir, nunca se escribiría. No valdría la pena*”. (5)

Aquí me resulta interesante resaltar que esa inexistencia previa a su aparición, a la invención de lo que se escribe, va de la mano de cómo concibe Lacan a la escritura en un análisis, es decir ella misma armando superficie.

Lacan parece indicarlo en la sesión del 30 de mayo de 1962 del *Seminario IX*:

“*Se trata entonces de comprender, y no es difícil, cómo el corte engendra superficie (...) Es la superficie, pensarán ustedes, que permite el corte y yo les digo, es el corte que nosotros podemos concebir, al tomar la perspectiva topológica, que engendra la superficie.*” (6)

Louis-Jean Calvet lingüista y ensayista francés, en su libro *La historia de la escritura*, nos envía a la etimología de dicha palabra: “en latín *scribere* remite a ‘trazar caracteres’, *kerl sker* en su raíz indoeuropea, es indicadora de la idea de ‘cortar’ realizar incisiones (...) la escritura sería por lo tanto, según su etimología, una especie de incisión, de corte” (7). El autor aduce que en el principio de su aparición, la actividad de escribir era equivalente a realizar cortes e incisiones.

Volviendo con ello a Lacan, en el *Seminario XXI* señala: “*si algo puede introducirnos en la dimensión de lo escrito como tal, es el percatarnos de que el significado no tiene nada que ver con los oídos, si no sólo con la lectura, la lectura de lo que se escucha del significante.*” (...) “*el analizante dice más de lo que quiere decir y el analista zanja al leer lo que es ahí de lo que quiere decir, si es que el analista sabe él mismo lo que quiere.*”(8)

El analista a través del corte, de los señalamientos, con sus silencios, puntúa, zanja, lee; esto es, participa de la escritura sobre lo que el analizante, sin que sepa, dice cuando habla. Y de ese modo, en ese mismo movimiento de lectura, se crea lo escrito. Pues entonces en la experiencia analítica ¡Leer es escribir! Lo señala Lacan, en *Instancia de la letra* cuando refiere que un escrito es aquel que no le deja al lector más salida que su entrada.

Y si como dice Lacan, la invención es el escrito, ello abre la posibilidad de que en el transcurso de un análisis, en el “entre” analista-analizante advenga la posibilidad al escribir algo nuevo. Pensando allí a la escritura como otro modo del decir del Acto, en tanto creación, imprevisible e inesperada, que reenvía a otras escrituras, abriendo otra lógica de lo posible, como el poeta que no sabe lo que hace, siendo ese, al decir de Lacan, su valor primordial. ■

Notas

- (1) Lacan, J., *El Seminario, Libro 25: El momento de concluir* (1977-78), Clase 3, versión digital.
- (2) Lacan, J., *El Seminario, Libro 21: Los no incautos yerran* (1973-74), Clase 11, versión digital.
- (3) Lacan, J., Ibídem.
- (4) Lacan, J., Ibídem.
- (5) Duras, M., *Escribir*, Tusquets, p. 56.
- (6) Lacan, J., *El Seminario, Libro 9: La Identificación* (1961-62), Clase 22, versión digital.
- (7) Calvet, J., *La historia de la Escritura*, Capítulo 1, p. 31, Paidós, 2008.
- (8) Lacan, J., *El Seminario, Libro 21: Los no incautos yerran* (1973-74), Clase 11, versión digital.

El presente texto ha sido publicado en el No. 9 de la revista de Centro Dos, Nudos en psicoanálisis:
www.revistanudos.com.ar